



Educar al cuidado



La educación tiene también el reto de evocar la ternura y la sabiduría del corazón para las relaciones de cuidado. Humanizar pasa por la formación del corazón y aprender y enseñar a “poner más corazón en las manos”.

El reto de la ética del cuidado lo experimentamos en todos los contextos. Nada más íntimo y hermoso que cuidar: a sí mismo, a los demás, la casa, la naturaleza. A cuidar, también se enseña.



José Carlos Bermejo



Director del Centro de Humanización de la Salud
jcbermejo@humanizar.es



En los últimos años, hemos recibido varios impactos estimulantes quienes recibimos las provocaciones que vienen de los papas, entre otras. Benedicto XVI se refirió en *Deus Caritas Est*, a la necesidad de promover una formación del corazón, y el papa Francisco, reiteradamente, se ha referido (desde *Evangelii Gaudium*) a la revolución de la ternura.

Parecería que asistimos, desde diferentes frentes, a una llamada a cultivar valores relacionados con el mundo de las relaciones cordiales y humanizadoras. Quizás en otros momentos hemos insistido y cultivado (no sé si también ahora) el valor de la razón y de la inteligencia intelectual capaz de argumentar filosóficamente sobre el bien y el mal, dejando a un lado la importancia de valores como el cuidado: de uno mismo, de las relaciones, de los demás, de la naturaleza.

En los espacios educativos, probablemente tenemos un gran reto: cultivar esta bioética del cuidar además de la bioética que se interesa por otros problemas de alta complejidad filosófica en sus razonamientos.

En efecto, una de las claves para humanizar las relaciones es el cuidado, que constituye un verdadero arte. En el siglo XVI, San Camilo de Lelis, un innovador muy particular en contextos de cuidados de la salud y de los procesos de vulnerabilidad, hizo una aportación merecedora de ser evocada.

Este hombre, que se rodeó de compañeros para educar al cuidado de la vida frágil y enseñar a otros a hacerlo humanamente, cambió radicalmente los olores hediondos por aire puro, que hablara del hospital como jardín, que concibiera las llamadas de los enfermos como sinfonía, y fue visto saltando y bailando por el hospital. Un biógrafo sostiene que una de las intuiciones más brillantes de este "genio de la caridad" es la de haber introducido, en la asistencia a los enfermos, la idea de la belleza. La belleza como referente para hacer atractivo el cuidado. Cuidar bien al otro no como deber, sino como belleza. Una hermosa provocación para el mundo educativo entre los jóvenes, donde más

La belleza como referente para

hacer atractivo el cuidado.

Cuidar bien al otro no como

deber, sino como belleza

fácilmente nos adherimos al bien si descubrimos su poder atractivo que si es sólo un referente normativo.

Educar al cuidado como artesanía

En el mundo de la educación y de la salud, como en casi todos, los modelos de gestión de la excelencia o de la calidad están promoviendo el trabajo por procesos definidos que garanticen el buen cumplimiento de las tareas necesarias para enseñar a los alumnos o para cuidar a los enfermos y familiares. No cabe duda de que es este un avance en el deseo de aplicar la evidencia a la mejora y a la calidad de la atención. Este enfoque influye en una concepción universal de la relación educativa y con la fragilidad en clave de productividad de resultados de adquisición de conocimientos o de curación, respectivamente, basada normalmente en la evidencia científica. Evoca el valor del éxito.

Ahora bien, nada de esto debería anular la concepción de las relaciones de cuidado como arte y su importancia en el contexto educativo. Este hombre rudo al



La expresión “**artesanía del cuidado**” ha entrado muy recientemente en el mundo de la enfermería de la mano de **Carmen de la Cuesta Benjumea**

que nos estamos refiriendo no es un antiguo por ser del siglo XVI. Es un ejemplo de creatividad, de innovación, de conversión de la profesión en artesanía. El término “artesanía” se refiere al trabajo realizado de forma manual por una persona en el que cada pieza es distinta a las demás, diferenciándolo del trabajo en serie o industrial.

Introducir la ética del cuidado en campo educativo comporta educar para humanizar las relaciones y pasa por convertir la aplicación de los protocolos, procesos, planes de cuidados, evidencias científicas y cuanto pueda contribuir al bien del otro, en un planteamiento de encuentro personalizado, de tal manera que cada persona sienta la relación como única.

Los artesanos se caracterizan por usar materiales típicos de su zona de origen para fabricar sus productos. Son profesionales, pero muy particulares. Tanto que la

“profesionalización” de su trabajo podría hacer perder su especificidad, su diferencia, su toque particular.

Cuando Camilo exhorta a sus compañeros a “cuidar como lo haría una madre a su único hijo enfermo”, está pidiendo un grado de personalización y creatividad que sólo el amor es capaz de desplegar. La capacidad de transformar objetos cotidianos en instrumentos terapéuticos o de ayuda para la vulnerabilidad será siempre una de las cosas que distinga a un buen cuidador. Inventar artilugios y procedimientos a la medida de la legítima rareza personal o impuesta por la situación de cada uno, es un indicador de arte.

La expresión “**artesanía del cuidado**” ha entrado muy recientemente en el mundo de la enfermería de la mano de Carmen de la Cuesta Benjumea, implicando esa valencia de invención y creatividad, tanto técnica como emocional. Inventar el cuidado pasará por hacer de él no sólo una tarea práctica para resolver problemas, sino un oficio que transforma al paciente, el mundo material del cuidado y al propio cuidador. Sí, al propio cuidador también, porque la relación en el cuidado, puede hacer artista al agente de salud. Y de agentes de salud, tenemos todos un poco si no queremos pensar la salud como un producto sanitario. Humanizar la salud es una cuestión también de la familia, la escuela, la universidad...

Profesionales y cuidadores

Mucho de la humanización de las relaciones se juega en conjugar el verbo cuidar. Sí, y no sólo para los profesionales de la salud, que tendrían a gala este verbo. Reconozcamos que también para el resto el verbo es fundamental: cuidar está en el corazón de las relaciones. No sólo curar o intentar evitar la muerte; también cuidar. Cuidar en la cronicidad, en la dependencia (desde el bebé, al discapacitado, al enfermo, al mayor...), en los procesos diagnósticos, en los terapéuticos. Cuidar siempre.

Hacer del cuidado artesanía comportará pensar en los ciudadanos como cuidadores y evocar esos cuidadores tan



importantes a los que nos referimos muchas veces con la expresión “cuidadores informales”, que son los familiares. Ellos tienen miedo, a veces ignorancia; otras, información, otras recursos, otras conocimientos y creatividad.

Considerar al cuidador simplemente como recurso nos llevaría a convertirlo en medio para un fin, para el fin de asistir al necesitado. Y quizás estemos cayendo cada vez más en la cuenta de cuánto de verdad haya en que la mayor parte del peso del cuidado en la enfermedad y en la dependencia está en manos de los familiares.

Un paso adelante en la artesanía del cuidado sería convertir al cuidador informal, al familiar, en aliado del cuidado, en cooperador y facilitador para centrarnos en los intereses y el bienestar del vulnerable. Y aquí habríamos de pensar también en la necesidad de cuidar al cuidador para lograr bien los objetivos.

Pero en realidad, la artesanía del cuidado podría hacernos caer en la cuenta de que el cuidador familiar es “materia prima”, es destinatario de cuidados, es aliado en el escenario de la vulnerabilidad, es agente y paciente, es sujeto activo que cuida y sufre, que necesita ayuda, que genera unos problemas y soluciona otros.

Cuando las relaciones se mercantilizan, pueden deshumanizarse. Cuando nos

pensamos a nosotros mismos como técnicos del conocimiento o de los procesos y al otro como único destinatario de la intervención, nos perdemos lo más hermoso del potencial humanizador que tiene la red de redes que se crea en torno a la vulnerabilidad humana.

Formar el corazón

Camilo de Lelis, que nos inspira también en esta reflexión, exhortaba en clave educativa a sus compañeros cuidadores: “Poned más corazón en las manos”. Esta frase constituía y constituye un reclamo a seguir la sabiduría del corazón y humanizar cuanto hacemos.

La palabra corazón se presta hoy para muchas acepciones.

- Hablamos de las revistas del corazón.
- Nos referimos a la indiferencia de una persona diciendo “no tiene corazón”.
- Evocamos el corazón para referir una situación de sufrimiento: “tener el corazón partido”.
- Lo utilizamos para indicar también una situación de conflicto: “tengo el corazón dividido”.
- Así también hablamos de él cuando no estamos apegados a alguien: “tener el corazón libre”.
- Repetimos algunas frases bíblicas como dichos: “De lo que abunda el corazón habla la boca”.



- Lo evocamos como lugar del sentimiento, y así decimos, por ejemplo: “ojos que no ven, corazón que no siente”.
- Definimos a una persona en sus actitudes (conductas) fundamentándolo así: “tiene muy buen corazón”.

En la tradición bíblica, así como en la poesía griega, el corazón es el que regula las acciones. En él se asienta la vida psíquica de la persona, así como la vida afectiva, y a él se le atribuye la alegría, la tristeza, el valor, el desánimo, la emoción, el odio.

Pero es también el asiento de la vida intelectual, es decir, el corazón es inteligente (¡no la cabeza!), dispone de ideas, puede ser necio y perezoso, ciego y obcecado.

Y en tercer lugar, el corazón es también el centro de la vida moral, del discernimiento de lo bueno y lo malo.

En efecto, en hebreo, el corazón es concebido mucho más que como la sede de los afectos. Contiene también los recuerdos y los pensamientos, los proyectos y las decisiones. Se puede tener anchura de corazón (visión amplia, inteligente) o también corazón endurecido y poco atento a las necesidades de los demás.

En el corazón, la persona dialoga consigo misma y asume sus responsabilidades. El corazón es, en el fondo, la fuente de la personalidad consciente, inteligente y

libre, la sede de sus elecciones decisivas, de la ley no escrita; con él se comprende, se proyecta.

En las relaciones entre las personas es importante la actitud interior, pero normalmente el exterior de una persona manifiesta lo que hay en el corazón.

El corazón, para los semitas y los egipcios, es, sobre todo, la sede del pensamiento, de la vida intelectual, de modo que hombre de corazón significa sabio, prudente, mientras que carecer de corazón es lo mismo que estar privado de inteligencia, es decir, ser tonto.

Poner “más corazón en las manos”, expresión de Camilo podría significar entonces impregnar nuestras relaciones, los cuidados que nos prestamos unos a otros (a los niños, a los pobres, a los ancianos, a los que viven el final de la vida, a los familiares, a los vecinos...), de la sabiduría del corazón, de su afecto y de la ternura que le son propios cuando se actúa con libertad y responsabilidad.

Como educadores en la familia, como responsables unos de otros, como vecinos, como profesionales de lo que seamos sabemos que nos adherimos con más facilidad al bien cuando hemos sido “seducidos” por la autoridad del corazón de quien nos quiere decir algo o prestar un servicio.

Por el contrario, si uno es cuidado, atendido por otro, al que percibe frío, dis-



Lo que sostiene a la
humanidad no es otra cosa
que el corazón, el corazón
interesado por el otro, por el
otro vulnerable



tante, "sin corazón", pierde la autoridad en todo.

Puede que en el imaginario cultural exista la idea de que ser cordiales y ser serios son algo opuesto, y que para ser un buen profesional (en cualquier ámbito) haya que manifestarse frío, distante, serio y riguroso en las relaciones.

Como si "ser inteligente" y "tener buen corazón" fueran cosas opuestas... Y de hecho, no falta quien dice que la distancia más grande que hay en el mundo es la que existe entre la cabeza y el corazón.

Sí, algunos piensan que la afabilidad y la blandura, la afectividad claramente manifestada, el interés por las personas y su mundo interior sería de poco intelectuales y serios.

Lo que sostiene a la humanidad no es otra cosa que el corazón, el corazón interesado por el otro, particularmente por el otro vulnerable.

Un buen reto para hoy, según algunas modernas tendencias que hablan de inteligencia emocional, es formarse en el ámbito del control de los sentimientos. Cultivar esta inteligencia, que complementa la inteligencia intelectual, puede contribuir a nuestra felicidad y a dotar nuestras relaciones de la cordialidad con la que se construye más fácilmente un mundo más humano, que con la rigidez de la inteligencia intelectual.

Podríamos decir que el fundamento de la humanización es precisamente introducir en la vida la sabiduría del corazón. Es cierto que a veces, más que personas y grupos caracterizados por gran humanidad, por tener un gran corazón, también colectivos que se definen como afiliados



a éticas de virtud (éticas religiosas) somos descritos por personas frías, rígidas, llenas de normas y tradiciones arcaicas, difíciles para las relaciones simétricas, autoritarias, dogmáticas, poco abiertas al diálogo y a los cambios.

Poner "más corazón en las manos" significa, en el fondo, que allí donde haya una persona necesitada de cuidado, haya otra que se preocupe de él con todo el corazón, con toda la mente y con todo su ser. Esta frase podría ser lema para la humanidad. Pero para lo concreto: para definir el modo como cambiamos los pañales, como hablamos con el enfermo de alzhéimer, cómo discutimos en casa, cómo damos una clase,



cómo compartimos nuestros bienes, cómo trabajamos o somos voluntarios.

La propuesta de Camilo es hacerlo no un corazón endurecido, tembloroso, engréido, airado, desmayado, desanimado, desfallecido, torcido, perverso, seco, terco, negligente, amargado, triste, envidioso..., como también es descrito el corazón, si recorremos la Sagrada Escritura, llegando a hablar incluso de la capacidad de vivir "con el corazón muerto en el pecho y como una piedra".

Humanizar consistirá en promover una cultura en la que en las manos y en la mente de los hombres y de las mujeres haya un corazón apasionado, capaz de discernir el bien, genuinamente recto, un corazón dilatado por la creatividad de la caridad, un corazón reflexivo y meditativo, capaz de guardar en él la intimidad ajena y custodiarla con respeto, un corazón que haga sentir su latido y su estremecimiento ante el sufrimiento ajeno, un corazón inteligente donde se discierne la voluntad de Dios, un corazón herido también a la vez que sanador, firme y vigilante, en el que se fraguan los mejores planes y donde se cultiva la mansedumbre, un corazón inteligente y tierno, como lo sería el de una madre que tuviera que cuidar a su único hijo enfermo, como también decía San Camilo.

Ojalá nuestra vida, que siempre tiene que crecer en sabiduría y en humanidad,

tanto individualmente como en nuestros grupos y organizaciones, fuera una creativa escuela del corazón. Que a la sombra de nuestro testimonio, a la luz de nuestro rostro, al amparo de nuestros quehaceres, muchas personas se preguntaran de qué estamos habitados, de qué está hecho nuestro corazón para ser capaces de sorprender con tanta blandura y misericordia o bondad.

Ojalá que el corazón, esa obra de arte de la ingeniería divina, con su diseño de tuberías, bombas y válvulas, incansable fuente de calor (como dijera Galeno), que nos mantiene vivos y cuyas razones a veces la razón no entiende (como afirmara Pascal), llamada sede del pensamiento por Empédocles, nos mantenga tensos y blandos, como se mantiene un muelle, para seguir humanizando el mundo, nuestro pequeño mundo, nuestro entorno, especialmente junto a los más vulnerables •



HEMOS HABLADO DE

Cuidado; corazón; humanizar.

Este artículo fue solicitado por PADRES y MAESTROS en diciembre de 2014, revisado y aceptado en mayo de 2015.